



El gran dios Pan
y otros relatos de terror sobrenatural
ARTHUR MACHEN

Arthur Machen(1863-1947), al igual que su contemporáneo Lord Dunsany, fue un obstinado soñador que creó una de las obras más líricas y exquisitas que ha dado hasta la fecha el denominado género de terror.

Tutor, traductor, corrector de pruebas, catalogador de libros raros, actor de teatro y sobre todo periodista, Machen trasladó al papel sus arrebatados y melancólicos sueños con esa rara intensidad y soledad propias de la poesía, tratando de desvelar los enigmas que se ocultan más allá de la existencia y fuera del tiempo y logrando que la belleza y el horror suenen en sus relatos al unísono.

A diferencia de Le Fanu o M.R. James, Machen, inspirado por su origen celta, no escribió sobre fantasmas sino más bien sobre fuerzas elementales, maleficios que sobreviven o poderes malignos invocados por el folklore y los cuentos de hadas, como los hermosos y juguetones seres que se le aparecen en el bosque a la protagonista de *El pueblo blanco* («probablemente el mejor relato sobrenatural del siglo, tal vez de la literatura» en palabras de E.F. Bleiler), o la malévola gente pequeña que hace acto de presencia tanto en *El sello negro* como en *La pirámide resplandeciente* o en *De las profundidades de la tierra*, esa enigmática y horrible raza precéltica, negra y achaparrada, forzada a vivir en las entrañas de la tierra, donde todavía practica sus infames ritos sacrificiales.

La presente antología recoge catorce relatos (algunos de ellos inéditos en castellano), lo más granado y significativo de la ingente obra fantástica de Machen, que tanto influyó en el maestro del horror sobrenatural, H.P. Lovecraft.

INTRODUCCIÓN

Un tópico bastante extendido suele afirmar que el género literario que más conviene a la fantasía es el relato en prosa, a pesar de que en el folklore de casi todos los pueblos se pueden rastrear elementos terroríficos o sobrenaturales bajo formas preferentemente métricas, desde baladas, crónicas y leyendas hasta textos mitológicos o sagrados. Tal aserto parece obviar además, no sólo a Shakespeare y el drama isabelino, o a la llamada poesía funeraria, notorio motivo de inspiración de la novela gótica, sino también a los románticos alemanes e ingleses (Bürger, Goethe, Coleridge, Wordsworth, Shelley o Keats) y, por supuesto, al gran Poe, por no mencionar a Lovecraft o Walter de la Mare, que, como aquel, simultanearon con éxito ambas formas de escritura.

Tan poeta como ellos, aunque no llegara a publicar más que un libro juvenil de versos (*Eleusinia*, 1883), Arthur Machen (1863-1947), al igual que su contemporáneo Lord Dunsany, fue un obstinado soñador que supo traspasar la incierta frontera que separa la poesía de la prosa en el dominio de la fantasía, creando una de las obras líricas más exquisitas que ha dado hasta la fecha el llamado género de terror. Nacido en la ciudad galesa de Cærleon-on-Usk —la antigua Isca Silurum de las legiones romanas, en la que la nostalgia de los britanos perseguidos por los sajones situó el punto de partida de la mítica búsqueda del Grial emprendida por los caballeros del rey Arturo—, su pasado celta, alimentado de primitivas creencias mágicas, fue un po-

deroso motor que impulsó su obra, en la que resuenan ecos de aquellos tiempos idílicos. Siempre tendría presente esta fabulosa herencia, del mismo modo que jamás podría olvidar el haber nacido en el siglo en que el romanticismo alcanzó su mayoría de edad.

Al no poder adaptarse a Londres (como su admirado De Quincey), donde probó diversas ocupaciones (tutor, traductor, corrector de imprenta, catalogador de libros raros, actor de teatro y sobre todo periodista, oficio que siempre odió, pese a practicarlo durante casi treinta años por razones estrictamente alimenticias), este espíritu libre de los bosques trasplantado al asfalto de la metrópoli se convirtió a la fuerza en un desplazado «escribiente de la City», que buscó refugio en el prohibido mundo mágico de sus intemporales recuerdos infantiles relacionados con los misterios paganos de su tierra natal y trasladó al papel sus arrebatados y melancólicos sueños con esa rara intensidad y soledad propias de la poesía. Con un lenguaje riguroso y trabajado, a veces verdaderamente encantatorio a pesar de su extrema sencillez, la sensual prosa rítmica de Machen entonó una original nota disonante: la belleza y el horror suenan al unísono, unidos inextricablemente a un acceso de pasión.

Sus relatos, sean o no fantásticos, exploran a fondo una región espiritual, casi mística, poblada de zonas oscuras. Sus escenarios parecen elegidos por un pintor romántico: una cueva en algún cerro pelado barrido por el viento, algún paraje escondido en lo más profundo de un gran bosque que oculta una figura al acecho con pezuñas de cabra, colinas no tan desiertas como aparentan a simple vista... Como buen romántico, siempre supo que los sentidos pueden equivocarse, que «tal vez no sean, a fin de cuentas, los límites eternos e impenetrables de cualquier conocimiento, las barreras imperecederas que ningún ser humano ha franqueado jamás». De manera que se empeñó en buscar la verdad interior de las cosas, la auténtica realidad que se es-

conde bajo las apariencias externas, sondeando con detenimiento, a través de su escritura imaginativa, los enigmas que se ocultan más allá de la existencia y fuera del tiempo. A diferencia de Le Fanu o M. R. James, victoriano tardío como él (ambos comparten el característico aroma *fin-de-siècle*), Machen no escribió sobre fantasmas, sino más bien sobre fuerzas elementales, maleficios que sobreviven, o poderes malignos invocados por el folklore y los cuentos de hadas.

Tenía la clase de imaginación que sabe percibir como nadie las maravillas que existen en las cosas corrientes y escapan a la atención de la mayoría de la gente, y la capacidad para vislumbrar en las cosas más insignificantes algo que a los demás les suele pasar inadvertido. Y esa ominosa presunción la supo transmitir al lector, enfrentándolo al gran arcano de la emergencia de una conciencia maligna, intemporal, arquetípica, a la que los antiguos aludían veladamente en sus símbolos, mitos y libros sagrados, y eran capaces de evocar, asumir y utilizar mediante ritos y ceremoniales secretos. Para su ojo visionario nuestro mundo no es más que la envoltura externa de una realidad distinta que tal vez nos sea desvelada algún día. Si puede hablarse de una «existencia real», a él no le cabe la menor duda de que «no será, ni mucho menos, como nosotros la concebimos». Nada es lo que parece, sino que por debajo de los hechos corrientes y los objetos más comunes subyace un secreto oculto que constituye la clave del gran enigma de la existencia humana. Como descubre el oficinista de *Un fragmento de vida*, trasunto del propio autor, «el hombre es un misterio y está hecho para los misterios y visiones, para sentir en su conciencia una felicidad inefable, para vivir un gozo inmenso que transmuta su mundo interior».

Toda la obra de Machen es una demostración palmaria de la dualidad de la percepción y una continua vindicación de esa percepción exaltada que busca lo real bajo la superficie de las cosas. En toda ella campea el miedo, el gran

conjurador cuyas pantomimas suelen terminar en muerte o algo todavía más horrible, evocado a través de llamativas sugerencias y sutiles indirectas. En lugar de utilizar la consabida parafernalia gótica, prefiere asustarnos creando una atmósfera adecuada en la que se traspasan cabalmente los límites de lo prohibido, con las espantosas consecuencias que eso implica. No hay más que ver lo que le ocurre al estudiante de derecho de *El polvo blanco* al ingerir accidentalmente una droga utilizada antaño por las brujas en las ceremonias del aquelarre. Es el tremendo castigo que invariablemente exige la transgresión de las leyes morales. Pues la liberación de los instintos devuelve al hombre a su relación primigenia con la bestia y destruye su alma. Atormentados por el mal causado, los personajes de Machen acaban aniquilados inexorablemente por su propia culpa. Véase si no la gran mutación sufrida por la joven Helen, en el que tal vez sea su mejor relato (esa es al menos la opinión de Lovecraft) *El gran dios Pan*, al convertirse en una seductora y pérfida mujer que acarrea una epidemia de lujuria y suicidios en el Londres Victoriano, para acabar transformándose «de mujer en hombre, de hombre en bestia, y de bestia en algo todavía peor». O en *El gran retorno*, los cambios experimentados por los marineros y en general los asistentes a la iglesia de Llantrisant, «rebosantes de un júbilo literalmente inefable».

Machen cree a pies juntillas en la existencia del Mal, con mayúscula, no como ausencia del Bien, sino como apropiado antagonista de este. Esta poderosa presencia, representada por fuerzas elementales y malignas que destruyen al hombre moderno, constituye una de las peculiaridades de su obra. El miedo de los humanos está justificado en la medida en que a través de él se vislumbra una amenaza genuina, como puede ser la existencia anterior de un linaje subalterno y oculto que persiste en secreto, inalterado o inalterable: esas razas nocturnas y furtivas que encarnan el pecado y lo difunden. Como los hermosos y juguetones se-

res que se le aparecen en el bosque a la protagonista de *El pueblo blanco*, «probablemente el mejor relato sobrenatural del siglo, tal vez de la literatura» (en palabras de E. E. Bleiler), y la inician en su extraño ritual rimado. O la malévol «gente pequeña» que hace acto de presencia tanto en *El sello negro* como en *La pirámide resplandeciente* y en *De las profundidades de la tierra*, esa enigmática y horrible raza precéltica, negra y achaparrada, forzada a vivir en las entrañas de la tierra, donde todavía practica sus infames ritos sacrificiales.

Dejando aparte su valiosa trilogía autobiográfica —*Far Off Things* (1922) *Things Near & Far* (1923) y *The London Adventure or the Art of Wandering* (1924)— y algún que otro texto misceláneo como *The Anatomy of Tobacco* (1884) o *Hieroglyphics* (1902), Machen es sobre todo conocido por sus numerosos relatos, alguno de ellos de considerable extensión, que generalmente han sido considerados como de «horror cósmico». La presente antología recoge lo más granado y significativo de esta ingente obra fantástica que tanto influyó en Lovecraft. En total son catorce relatos (varios de ellos inéditos en castellano): *El gran dios Pan* y *La luz interior*, publicados conjuntamente en 1894; *El sello negro* y *El polvo blanco*, extraídos de su novela «a lo Stevenson» *Los tres impostores*, publicada en 1895; *El pueblo blanco* (escrito en 1899) y *Un chico listo*, publicados en 1906 en la histórica recopilación *The House of Souls* (que también incluye los cuatro anteriores, además de *Un fragmento de vida* y *The Red Hand*); *Los arqueros* (escrito en 1914, casi por encargo, para alentar a las tropas británicas que combatían en suelo francés^[1]) y *El gran retorno*, publicados por separado en 1915; *La pirámide resplandeciente*, publicado en 1923; *Los niños felices* y *De las profundidades de la Tierra*, publicados junto al anterior en 1925; y finalmente *La habitación acogedora* (escrito en 1929), *N* y *Los niños de la charca*, publicados en un solo volumen en 1936.

Los textos utilizados para esta traducción proceden de las antologías *Tales of Horror and the Supernatural* (John Baker, Londres, 1949), y *Holy Terrors* (Penguin, Londres, 1946).

J. A. MOLINA FOIX

EL GRAN DIOS PAN

I. EL EXPERIMENTO

—Me alegro de que hayas venido, Clarke; de veras me alegro mucho. No estaba seguro de que dispusieras de tiempo.

—Pude arreglar las cosas para unos pocos días. Ahora no hay demasiada actividad. Pero ¿no tienes ninguna duda, Raymond? ¿Estás seguro?

Los dos hombres paseaban lentamente por delante de la hilera de casas que discurría frente a la residencia del Dr. Raymond. El sol todavía estaba suspendido por encima de la cordillera de poniente, pero brillaba con un apagado resplandor rojizo que no proyectaba sombras. El aire estaba en calma. Una brisa fresca venía del gran bosque que se extendía por las laderas de las colinas vecinas, acompañada, a intervalos, del suave zureo de las palomas salvajes. Abajo, en el largo y encantador valle, el río serpenteaba entre las solitarias colinas y, a medida que el sol se ocultaba y desaparecía por el oeste, una ligera neblina, muy blanca, comenzaba a elevarse de sus orillas. El doctor Raymond se volvió bruscamente a su amigo.

—¿Seguro? Por supuesto que sí. En sí misma, la operación es muy simple; podría hacerla cualquier cirujano.

—Y ¿no existe peligro en ninguna otra fase?

—Ninguno. Rotundamente, no existe ningún tipo de peligro físico, te doy mi palabra. Siempre fuiste asustadizo, Clarke, siempre. Pero ya conoces mi historial. Me he dedicado durante los últimos veinte años a la medicina trascen-

dental. Me han llamado curandero, charlatán e impostor, pero todo el tiempo he sabido que me hallaba en el buen camino. Hace cinco años logré mi objetivo, y desde entonces cada día ha sido una preparación para lo que haremos esta noche.

—Me gustaría creer que todo eso es cierto —Clarke frunció el ceño y miró dubitativamente al doctor Raymond—. ¿Estás completamente seguro, Raymond, de que tu teoría no es ninguna fantasía? ¿Que no es una visión, ciertamente espléndida, pero visión al fin y al cabo?

El Doctor Raymond se detuvo en su paseo y repente se volvió. Era un hombre de mediana edad, demacrado y flaco, y de tez amarillenta, mas al contestar a Clarke cara a cara sus mejillas se ruborizaron.

—Mira a tu alrededor, Clarke. Puedes ver la montaña y una colina tras otra, cual olas en el mar; bosques y huertas, campos repletos de trigo maduro y prados que llegan hasta los cañaverales del río. Puedes verme aquí a tu lado y oír mi voz. Pero te aseguro que todas esas cosas —sí, desde esa estrella que acaba de brillar en el cielo hasta el suelo firme que pisamos— no son más que sueños y sombras que ocultan a nuestros ojos el mundo real. Existe un mundo real, pero está más allá de esta magia y de esta visión, más allá de estas «cacerías en un tapiz, sueños en una carrera», más allá de todo eso, como detrás de un velo. Ignoro si algún ser humano ha alzado alguna vez ese velo; pero sí sé, Clarke, que tú y yo lo veremos levantar esta misma noche, antes que nadie. Puedes pensar que todo esto es un disparate, que es extraño; pero es verdad. Los antiguos sabían lo que significa levantar el velo. Lo llamaban ver al dios Pan.

Clarke se estremeció. La blanca neblina que se acumulaba sobre el río estaba helada.

—Es maravilloso, desde luego —dijo—. Si lo que dices es verdad, Raymond, nos encontramos al borde de un mundo extraño. ¿Es absolutamente imprescindible el bisturí?

—Sí; una ligera incisión en la materia gris, eso es todo. Un insignificante reajuste de ciertas células, una alteración microscópica que escaparía a la atención de noventa y nueve de cada cien especialistas del cerebro. No quiero darte la lata con una explicación científica, Clarke. Podría darte un montón de detalles técnicos que te impresionarían mucho, pero que te dejarían tan a oscuras como estás ahora. Supongo que habrás leído, de paso, en algún rincón perdido de tu periódico, que la fisiología cerebral ha progresado mucho recientemente. El otro día vi un suelto sobre la teoría de Digby y los descubrimientos de Browne Faber. ¡Teorías y descubrimientos! Se encuentran ahora donde yo me encontraba hace quince años, y no necesito decirte que en los últimos quince años no me he estancado. Bastará que te diga que hace cinco años hice el descubrimiento a que aludí cuando dije que había logrado mi objetivo.

«Después de muchos años de trabajo y fatigas, y de andar a tientas en la oscuridad, después de muchos días y muchas noches de decepción y hasta de desesperación, en que de vez en cuando solía temblar y deprimirme pensando que quizá otros estuviesen buscando lo mismo que yo, por fin, después de tanto tiempo, un escalofrío de súbita alegría estremeció mi alma y comprendí que el largo viaje tocaba a su fin. Por lo que entonces pareció una casualidad, y aún ahora lo parece, el curso de una idea casual siguió los cauces y sendas habituales, que yo había rastreado ya cientos de veces. La gran verdad se alzó ante mí y vi todo un mundo, dibujado con líneas luminosas, una esfera desconocida; continentes e islas, y grandes océanos en los que ningún barco ha navegado (estoy convencido) desde que el hombre levantó por vez primera la mirada y contempló el sol y las estrellas en el cielo, y debajo, la tierra en calma.

»Pensarás que todo este lenguaje es muy enfático, Clarke, pero es difícil ser literal. Y, además, ignoro si las cosas a las que aludo pueden ser expuestas en términos sencillos y

corrientes. Por ejemplo, este mundo nuestro está completamente rodeado hoy en día de hilos y cables telegráficos; el pensamiento, a una velocidad algo menor que la de la luz, cruza como una centella del amanecer al crepúsculo, de norte a sur, a través de mares y desiertos. Supongamos que un electricista de hoy en día pudiera darse cuenta de repente de que tanto él como sus colegas han estado sencillamente jugando con guijarros, a los que erróneamente habían tomado por los cimientos del mundo. Supongamos que ese hombre viera un espacio mayor extendiéndose hasta el infinito, y que las palabras de los humanos lo surcasen hasta más allá del sol y de los sistemas más lejanos y que las voces articuladas de los hombres resonasen en el desolado vacío que envuelve a nuestros pensamientos. Sería una analogía bastante buena de lo que yo he hecho.

»Ahora comprenderás un poco lo que sentí aquí cierta tarde. Era una tarde de verano y el valle ofrecía un aspecto muy parecido al de ahora. Me encontraba aquí mismo, viendo ante mí el indecible e inconcebible abismo profundo que se abre entre los dos mundos, el material y el espiritual. Veía cómo se difuminaba la inmensa brecha, vacía y profunda, y en aquel mismo instante un puente de luz saltó de la tierra a la orilla desconocida y el abismo fue salvado. Si quieres puedes consultar el libro de Browne Faber; en él encontrarás que, hasta el presente, los hombres de ciencia eran incapaces de explicar la presencia de cierto grupo de células nerviosas del cerebro, o de especificar sus funciones. Este grupo es, por decirlo así, *tierra de nadie*, un simple terreno baldío propicio a las teorías más fantásticas. Yo no me encuentro en la situación de Browne Faber y demás especialistas; estoy perfectamente instruido en lo referente a las posibles funciones de esos centros nerviosos dentro del esquema general. Con un simple toque puedo ponerlos en funcionamiento; con un toque, digo, puedo liberar la corriente; puedo consumir la comunicación entre el mundo de los sentidos y... Más tarde podremos completar la frase.

Sí, el bisturí es necesario; pero piensa en lo que ese bisturí puede hacer. Arrasará completamente la sólida barrera sensorial y, probablemente por vez primera desde que el hombre fuera creado, un espíritu podrá contemplar el mundo espiritual. Clarke, ¡Mary verá al dios Pan!

—Pero ¿no recuerdas lo que me escribiste? Creía que era necesario que ella...

El resto lo susurró al oído del doctor.

—De ninguna manera. Eso es una tontería, te lo aseguro. Realmente, es mejor así. Estoy completamente seguro de eso.

—Piénsatelo bien, Raymond. Es una gran responsabilidad. Algo puede ir mal y en ese caso serías un desgraciado el resto de tus días.

—No, no lo creo; ni aunque sucediera lo peor. Como sabes, saqué a Mary del arroyo, librándola de una casi segura inanición, cuando todavía era una niña. Pienso que su vida me pertenece, que puedo utilizarla como juzgue conveniente. Vamos, se está haciendo tarde. Será mejor que entremos.

El doctor Raymond fue el primero en entrar en la casa, después de atravesar el vestíbulo y descender a un largo y sombrío pasadizo. Sacó una llave de su bolsillo y abrió una pesada puerta, indicando a Clarke con la mano que entrara en su laboratorio. Antes había sido una sala de billar y estaba iluminado por una cúpula acristalada en el centro del techo, donde todavía brillaba una triste luz grisácea sobre la figura del doctor, mientras éste encendía una lámpara de pantalla gruesa y la colocaba sobre una mesa en el centro de la habitación.

Clarke miró a su alrededor. Apenas quedaba un palmo de pared libre; la habitación estaba cubierta de anaqueles cargados de botellas y frascos de todas las formas y colores; y en un extremo había una pequeña librería Chippendale. Raymond señaló hacia ella.

—¿Ves este pergamino de Oswald Crollius? Fue uno de los primeros en mostrarme el camino, aunque no creo que él mismo llegara a descubrirlo. Esta es una de sus extrañas sentencias: «En cada grano de trigo yace oculta el alma de una estrella».

Había pocos muebles en el laboratorio. La mesa del centro, consistente en una losa de piedra con desagüe en una de sus esquinas, y los dos sillones en donde se sentaron Raymond y Clarke. Eso era todo, a excepción de un extraño sillón al fondo de la habitación. Clarke lo miró y alzó las cejas.

—Sí, ese es el sillón —dijo Raymond—. Podemos colocarlo también en posición.

El doctor se levantó, acercó el sillón a la luz y empezó a subirlo y bajarlo, a hacer descender su asiento, a graduar su respaldo y a ajustar el apoyo de los pies. Parecía bastante cómodo, y Clarke pasó la mano por su suave terciopelo verde, en tanto que el doctor manipulaba las palancas.

—Ahora ponte cómodo, Clarke. Me quedan todavía un par de horas de trabajo; me vi obligado a dejar ciertos detalles para el final.

Raymond se dirigió a la losa de piedra y Clarke observó sin interés cómo se inclinaba sobre una hilera de frascos y encendía una llama bajo el crisol. El doctor tenía una pequeña lámpara de mano, con una pantalla como la otra, sobre una repisa por encima de sus aparatos, y Clarke, que estaba sentado en la oscuridad, contemplaba la vasta y triste habitación, asombrado por los extraños efectos de la brillante luz en contraste con las indefinidas tinieblas. Pronto tuvo conciencia de un extraño olor dentro de la habitación. Al principio sólo fue una simple impresión; pero, a medida que fue en aumento, le sorprendió que no le recordara en nada a una farmacia o una clínica.

Clarke trató en vano de analizar esa sensación y empezó a pensar, casi inconscientemente, en un día, quince años atrás, en que se había dedicado a vagabundear por bos-

ques y prados, cerca de su antiguo hogar. Era un día abrasador, a principios de agosto. El calor difuminaba el contorno de todas las cosas y borraba las distancias con una ligera calina. La gente que observó el termómetro habló de un registro anormal, de una temperatura casi tropical. Aquel maravilloso día de calor de hacía quince años brotó inesperadamente en la memoria de Clarke. La sensación de la deslumbrante luz solar invadiéndolo todo parecía ocultar las sombras y luces del laboratorio, y Clarke sentía de nuevo en el rostro las ráfagas de aire cálido, veía el débil resplandor que se elevaba del césped, y oía los innumerables rumores del verano.

—Espero que el olor no te moleste, Clarke; no existe nada malsano en él. Tal vez te dé un poco de sueño, eso es todo.

Clarke oyó las palabras con toda claridad, y sabía que Raymond le estaba hablando, pero por más que lo intentó no pudo despertar de su letargo. No podía pensar más que en el solitario paseo que diera quince años atrás. Fue la última vez que contempló los campos y los bosques que conocía desde niño, y ahora todo ello aparecía ante él, brillantemente iluminado, como en un cuadro. Sobre todo, llegaba a su olfato el aroma del verano, el perfume entremezclado de las flores, la fragancia de los bosques, el frescor de los rincones sombríos, en lo más profundo de los verdes abismos, extraído por el calor del sol; y todo lo dominaba el aroma de la buena tierra, extendiéndose, por así decirlo, con los brazos estirados y una sonrisa en los labios. En su fantasía vagaba, como lo hiciera tiempo atrás, desde los campos al bosque, siguiendo un pequeño sendero entre la brillante maleza de las hayas; y en su sueño, el goteo del agua cayendo de la roca caliza sonaba cual diáfana melodía.

Sus pensamientos comenzaron a extraviarse y a mezclarse con otros recuerdos; el paseo de hayas se convirtió en un sendero de encinas, en el que, de vez en cuando, una